

# Una resaca demasiado larga

## Literatura y política en la novela de la democracia

Jordi Gracia

«Se acabó la época de las verdades de puño, alzado o no.»

Enrique Murillo, 1988

Hace ya una década, Enrique Murillo alertó en *Diario 16* (23 de abril de 1988) sobre los nostálgicos del realismo socialista. Ironizó con gracia sobre las dificultades para superar el trago de ver novelas tan nuevas y tan comerciales que no inspeccionaban heridas laborales ni examinaban la realidad bajo la óptica del materialismo dialéctico. Creía Murillo por entonces que un sector grueso de la novela seguía colgado de dogmatismos ideológicos, miradas mecanicistas y muy poca sensibilidad a las formas privadas y sentimentales de la nueva realidad española. De hecho, aseguraba, el escepticismo y el descreimiento que exhibían algunos nuevos narradores –de Llamazares a Félix de Azúa, de Javier Tomeo a Soledad Puértolas– resultaba incompatible con aquella imposible tozudería de raíz marxista.

Han pasado diez años y me gustaría regresar sobre ese diagnóstico. Fue el momento en que se acuñó despectivamente aquello de la literatura *light*, que a menudo quería disfrazar otra frase de manual, la falta de sustancia, que solía querer decir, por fin, sustancia ideológica, o política, o aun diría crítica, con toda su ambigüedad. No sé si todos los que así hablaban eran leninistas, o marxistas mal aclimatados, o simples ideólogos desamparados. Pero lo que me va pareciendo cada vez más claro es el descrédito de una narrativa que se aventurase con ánimo de denuncia o reflexión crítica en determinados sectores sociales, tanto del poder como fuera de él. La piedad, la compasión, la solidaridad, la conmoción sentimental o la perplejidad moral la despierta en la novela española actual casi siempre el mismo tipo de personajes, con una historia biográfica semejante, una tipología que podría llevar a la caricatura sin mucha dificultad.

Y sin embargo, el descrédito de esa concepción novelesca de talante social y político se basa precisamente en su presunto carácter dogmático, en su escasa capacidad de discriminación y de matiz. Las únicas verdades que valían para esa exploración de sectores oscuros eran las de puño. Es decir, quienes perseverasen en un discurso semejante, quienes hurgasen en lugares que no eran ya los de la nueva realidad social española, estarían

viviendo la continuación enferma de un sueño dogmático. El novelista nuevo prefería motivaciones de naturaleza privada y sentimental, tocadas por la musa moral y desentendidas de compromisos de carácter colectivo. Parecía que sólo de ahí podía salir la capacidad para matizar y analizar sin anteojeras, la aptitud para descubrir la infinita gama de los grises de una sociedad democrática y los conflictos vividos por sus pobladores satisfechos o insatisfechos.

¿Dónde está ahora el fantasma del sueño dogmático? ¿Es tan seguro como parece que la novela española actual ha retratado la realidad con todos los matices que precedía Enrique Murillo como rédito esencial de su reciente libertad? De existir algún dogmatismo tácito ¿no será precisamente el de la exclusión más o menos profiláctica de lo desestabilizador, es decir, de aquello que constituye parte de la función de la novela aquí y donde fuere: la recreación del tiempo, personal y colectivo, en que se vive?

Una subyugante novela como *Conversación en La Catedral*, de Mario Vargas Llosa, cumple ahora treinta años. El libro es una de las novelas políticas más monumentales que se hayan escrito en español y uno no sabe si alguien más siente alguna impaciencia por leer una novela de esa envergadura literaria y esa ambición política para explicar un poco mejor el lado de acá. Seguramente no es bueno acordarse tanto de novela tan redonda, pero tampoco es fácil reprimir una vaga aprensión por el talante político de la narrativa española reciente. Desde luego, los asuntos políticos no están fuera de ella, pero seguramente vienen dictados por la sutileza y el oficio que disfraza la intención o la ambición crítica de esa literatura. Es literatura resabiada: ha eludido el panfleto y la crónica rasa de la sociedad en tanto que se sabe literatura deudora de una tradición culta y que ha visto ya demasiadas veces el fantasma de la mediocridad aliado a la política como material narrativo.

Con ser verdad todo eso, y la relativa frecuencia con que se emplaza al lector en las encrucijadas ideológicas a que llevó la transición democrática, quizá no es enteramente inmotivada la impresión de una amplia y sostenida complicidad en torno a lo que puede encajar como material narrativo y lo que no. Puede tratarse sólo de un asunto de poética de la novela: la determinación del novelista radicaría entonces en el enmascaramiento y la habilidad, el artificio y la brillantez de una intención política que no acude ya a los resortes obvios del realismo socialista. Está bien y es más que saludable. El interrogante que me asalta es el coste literario de esa elección, la implícita convención según la cual el desenmascaramiento o la desactivación de las explicaciones convencionales de la realidad, sólo pueden pasar por esa vía literaria y no es capaz de reinventar nuevos modos de obrar e

iluminar activamente una perspectiva política y socialmente agresiva. En otros términos, el nivel de abstracción y elusión desde el que se ha concebido este tipo de tema literario, con voluntad de análisis social e intención política, ha conllevado una estilización muy marcada, una suerte de cuidadosa protección antivírica para asuntos que ensucian, comprometen o delatan una mirada extraterritorial, una mirada bárbara. ¿Es posible, así, que una parte del retrato político que emite la novela de la democracia sea a la vez demasiado soso y demasiado previsible, es decir, que su nivel de interpretación y de consistencia crítica sea demasiado blando a causa precisamente de la temible frontera que conviene no traspasar, la del panfleto, la denuncia y el mal gusto?

Pero a lo mejor sería más correcto invertir el argumento y decir que la novela ha asumido el nuevo talante de la sociedad española y en ese talante no figuran muy hondas inquietudes de orden político, es decir la reflexión sobre las formas del poder y su perversión. La historia termina bien desde hace demasiados años como para preocuparse ahora de accidentes secundarios y formas benignas de la atrocidad.

Porque no parece que muchos novelistas hayan sentido interés en examinar la moral de derrota asumida por un vasto sector del ejército de Franco reconvertido a la fuerza, y no parece tampoco urgir a nadie la exploración de la secreta satisfacción que ha hecho tan locuaz a una Iglesia que ha sobrevivido muy bien a los imaginarios desmanes de un gobierno socialista, ni siquiera parece que la dialéctica sombría de partidos y sindicatos haya estimulado la imaginación fabuladora de algún novelista. O incluso fenómenos menos menos tortuosos, como las ceremonias de autocelebración democrática, han excitado los instintos sarcásticos de algunos ensayistas y columnistas, pero no mucho más; y esa feliz familia de narradores traducibles y superventas, de nombre español, no ha alimentado tampoco un talante crítico o analítico más ambicioso que el de la respuesta insolente o retadora, chulesca y pronta en una entrevista de gacetilla o una declaración sinuosa. No sé si son grandes asuntos narrativos, pero desde luego en todos los mencionados subyacen resortes de calado político todavía mal explicados y que interesan en tanto que objeto novelesco de un novelista competente.

Sospecho que la única dimensión política de la novela de los últimos veinte años sigue vinculada a la reflexión sobre la posguerra, el pasado franquista y la perduración postfranquista de sus más degradadas secuelas. Pero todavía más: acaba uno por sospechar que la sombra de ese pasado ha hipotecado virtualmente una reflexión crítica de la misma intensidad sobre los avatares del presente. Ha obligado a una suerte de cautelosa inhibición